

LUZ DE LA CRUZ



Luz de la Cruz

La Historia de la Cruz en Primeros Escritos

Ellen White



maranathamedia.net

Maranatamedianet@gmail.com

Impreso en Argentina

Por **NARDO PURO**

denardopuro@gmail.com

Lecturas Devocionales para la
Adoración Vespertina y Matutina

Índice

Primeros Escritos, páginas 165 a 191.

1. <i>La Entrega de Cristo</i>	5
2. <i>El Enjuiciamiento de Cristo</i>	8
3. <i>La Crucifixión de Cristo</i>	14
4. <i>La Resurrección de Cristo</i>.....	19
5. <i>La Ascensión de Cristo</i>	27

1. La Entrega de Cristo

Fuí transportada al tiempo cuando Jesús comió la cena de pascua con sus discípulos. Satanás había engañado a Judas y le había inducido a considerarse como uno de los verdaderos discípulos de Cristo; pero su corazón había sido siempre carnal. Había visto las potentes obras de Jesús, había estado con él durante todo su ministerio, y se había rendido a la suprema evidencia de que era el Mesías; pero Judas era mezquino y codicioso. Amaba el dinero. Lamentóse con ira de lo mucho que había costado el unguento que María derramó sobre Jesús. María amaba a su Señor. El le había perdonado sus pecados, que eran muchos, y había resucitado de entre los muertos a su muy querido hermano, por lo que nada le parecía demasiado caro en obsequio de Jesús. Cuanto más precioso fuese el unguento, mejor podría ella manifestar su agradecimiento a su Salvador, dedicándoselo. Para excusar su codicia, dijo Judas que bien podía haberse vendido aquel unguento y repartido el dinero entre los pobres. Pero no lo movía a decir esto su solicitud por los pobres, porque era muy egoísta, y solía apropiarse en provecho propio de lo que a su cuidado se confiaba para darlo a los pobres. Judas no se había preocupado de la comodidad ni aun de las necesidades de Jesús, y disculpaba su codicia refiriéndose a menudo a los pobres. Aquel acto de generosidad de parte de María fué un acerbo reproche contra la disposición avarienta de Judas. Estaba preparado el camino para que la tentación de Satanás hallara fácil acceso al corazón de Judas.

Los sacerdotes y caudillos de los judíos odiaban a Jesús; pero las multitudes se agolpaban a escuchar sus palabras de sabiduría y a presenciar sus portentosas obras. El pueblo estaba conmovido por un profundo interés, y ansiosamente seguía a Jesús para escuchar las enseñanzas de tan admirable maestro. Muchos de los gobernantes judíos creían en él, aunque no se atrevían a confesar su fe por no verse expulsados de la sinagoga. Los sacerdotes y ancianos acordaron que

debía hacerse algo para apartar de Jesús la atención de las gentes, pues temían que todos llegasen a creer en él, y no veían seguridad para ellos mismos. Habían de perder sus cargos o condenar a muerte a Jesús; pero después que le diesen muerte, quedarían los que eran vivos monumentos de su poder. Jesús había resucitado a Lázaro de entre los muertos, y los fariseos temían que si mataban a Jesús, Lázaro atestiguaría su grandioso poder. La gente acudía en tropel a ver al resucitado de entre los muertos, por lo que los caudillos determinaron matar también a Lázaro y suprimir así la excitación popular. Después recobrarían su influencia sobre el pueblo, y lo convertirían de nuevo a las tradiciones y doctrinas humanas, para que siguiera diezmando la menta y la ruda. Convinieron en prender a Jesús cuando estuviera solo, porque si intentaban apoderarse de él en medio de la multitud interesada en escucharle, serían apedreados.

Sabía Judas cuán ansiosos estaban los príncipes de los sacerdotes de apoderarse de Jesús, y ofrecióles entregárselo por unas cuantas monedas de plata. Su amor al dinero lo indujo a entregar a su Señor en manos de sus más acérrimos enemigos. Satanás obraba directamente por medio de Judas, y durante las conmovedoras escenas de la última cena, el traidor ideaba planes para entregar a su Maestro. Contristado dijo Jesús a sus discípulos que todos serían escandalizados en él aquella noche. Pero Pedro afirmó ardorosamente que aunque todos fuesen escandalizados, él no lo sería. Jesús dijo a Pedro: “He aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.”. Lucas 22:31, 32.

Contemplé a Jesús en el huerto con sus discípulos. Con profunda tristeza les mandó orar para que no cayesen en tentación. Sabía él que su fe iba a ser probada, y frustrada su esperanza, por lo que necesitarían toda la fortaleza que pudieran obtener por estrecha vigilancia y ferviente oración. Con copioso llanto y gemidos, oraba Jesús diciendo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la

tuya.” El Hijo de Dios oraba en agonía. Gruesas gotas de sangre se formaban en su rostro y caían al suelo. Los ángeles se cernían sobre aquel paraje, presenciando la escena; pero sólo uno fué comisionado para ir a confortar al Hijo de Dios en su agonía. No había gozo en el cielo; los ángeles se despojaron de sus coronas y las arrojaron con sus arpas y contemplaban a Jesús con profundísimo interés y en silencio. Deseaban rodear al Hijo de Dios; pero los ángeles en comando no se lo permitieron, por temor a que si presenciaban la entrega, lo libertaran; porque el plan estaba trazado, y debía cumplirse.

Después de orar, acercóse Jesús a sus discípulos y los encontró durmiendo. En aquella hora terrible no contaba con la simpatía y las oraciones ni aun de sus discípulos. Pedro, que tan celoso se había mostrado poco antes, estaba embargado por el sueño. Jesús le recordó sus declaraciones positivas y le dijo: “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” Tres veces oró el Hijo de Dios en agonía. Después, apareció Judas con su banda de hombres armados. Se acercó a su Maestro para saludarle como de costumbre. La banda rodeó a Jesús, quien entonces manifestó su divino poder al decir: “¿A quién buscáis?” “Yo soy.” Entonces ellos cayeron hacia atrás. Hizo Jesús aquella pregunta para que presenciasen su poder y supiesen que podría librarse de sus manos con sólo quererlo.

Los discípulos abrieron su pecho a la esperanza al ver cuán fácilmente había caído a tierra el tropel de gente armada de palos y espadas. Al levantarse ellos del suelo y rodear de nuevo al Hijo de Dios, Pedro desenvainó su espada e hirió a un criado del sumo pontífice, cortándole una oreja. Jesús mandó a Pedro que envainara la espada, diciéndole: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” Vi que cuando esas palabras fueron pronunciadas se reflejó la esperanza en los rostros de los ángeles. Deseaban rodear inmediatamente a su Caudillo, y dispersar a la enfurecida turba. Pero de nuevo se entristecieron cuando Jesús añadió: “¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es

necesario que así se haga?” Los discípulos también se desconsolaron al ver que Jesús se dejaba prender y llevar por sus enemigos.

Temerosos de perder la vida, todos los discípulos lo abandonaron y huyeron. Jesús quedó solo en manos de la turba asesina. ¡Oh! ¡Cómo triunfó entonces Satanás! ¡Cuánto pesar y tristeza hubo entre los ángeles de Dios! Muchas cohortes de santos ángeles, cada cual con su caudillo al frente, fueron enviadas a presenciar la escena con objeto de anotar cuantos insultos y crueldades se infligiesen al Hijo de Dios, así como cada tormento angustioso que debía sufrir Jesús, pues todos los hombres que actuaban en aquella tremenda escena habrán de volverla a ver en vivos caracteres.

2. El Enjuiciamiento de Cristo

Al salir del cielo los ángeles se despojaron tristemente de sus resplandecientes coronas. No podían ceñírselas mientras su Caudillo estuviese sufriendo y hubiese de llevar una de espinas. Satanás y sus ángeles andaban muy atareados por el patio del tribunal, para sofocar todo sentimiento humanitario y de simpatía respecto de Jesús. El ambiente era pesado, y estaba contaminado por la influencia satánica. Los sacerdotes y ancianos eran incitados por los ángeles malignos a insultar y maltratar a Jesús de un modo difícilísimo de soportar por la naturaleza humana. Esperaba Satanás que semejantes escarnios y violencia arrancarían del Hijo de Dios alguna queja o murmuración, o que manifestaría su divino poder desasiéndose de las garras de la multitud, con lo que fracasaría el plan de salvación.

Pedro siguió a su Señor después de la entrega, pues anhelaba ver lo que iban a hacer con Jesús; pero cuando lo acusaron de ser uno de sus discípulos, temió por su vida y declaró que no conocía al hombre. Se distinguían los discípulos de Jesús por la honestidad de su lenguaje, y

para convencer a sus acusadores de que no era discípulo de Cristo, Pedro negó la tercera vez lanzando imprecaciones y juramentos. Jesús, que estaba a alguna distancia de Pedro, le dirigió una mirada triste de reconvención. Entonces el discípulo se acordó de las palabras que le había dirigido Jesús en el cenáculo, y también recordó que él había contestado diciendo: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.” Pedro acababa de negar a su Señor con imprecaciones y juramentos, pero aquella mirada de Jesús conmovió su corazón y lo salvó. Con amargas lágrimas se arrepintió de su grave pecado, se convirtió y estuvo entonces preparado para confirmar a sus hermanos.

La multitud clamaba por la sangre de Jesús. Lo azotaron cruelmente, le vistieron un viejo manto de púrpura y ciñeron su sagrada cabeza con una corona de espinas. Después le pusieron una caña en las manos, e inclinándose por burla ante él, le saludaban sarcásticamente diciendo: “¡Salve, Rey de los judíos!” Luego le quitaban la caña de las manos y le golpeaban con ella la cabeza, de modo que las espinas de la corona le penetraban las sienes, ensangrentándole el rostro y la barba.

Era difícil para los ángeles soportar la vista de aquel espectáculo. Hubieran libertado a Jesús, pero sus caudillos se lo prohibían diciendo que era grande el rescate que se había de pagar por el hombre; pero que sería completo y causaría la muerte aun del que tenía el imperio de la muerte. Jesús sabía que los ángeles presenciaban la escena de su humillación. El más débil de entre ellos hubiera bastado para derribar aquella turba de mofadores y libertar a Jesús, quien sabía también que, con sólo pedirselo a su Padre, los ángeles le hubieran librado instantáneamente. Pero era necesario que sufriese la violencia de los malvados para cumplir el plan de salvación.

Jesús se mantenía manso y humilde ante la enfurecida multitud que tan vilmente lo maltrataba. Le escupían en el rostro, aquel rostro del que algún día querrán ocultarse, y que ha de iluminar la ciudad de Dios con mayor refulgencia que el sol. Cristo no echó sobre sus verdugos ni una

mirada de cólera. Cubriéndole la cabeza con una vestidura vieja, le vendaron los ojos y, abofeteándole, exclamaban: “Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?” Los ángeles se conmovieron; hubieran libertado a Jesús en un momento, pero sus dirigentes los retuvieron.

Algunos discípulos habían logrado entrar donde Jesús estaba, y presenciar su pasión. Esperaban que manifestase su divino poder librándose de manos de sus enemigos y castigándolos por la crueldad con que le trataban. Sus esperanzas se despertaban y se desvanecían alternativamente según iban sucediéndose las escenas. A veces dudaban y temían haber sido víctimas de un engaño. Pero la voz oída en el monte de la transfiguración y la gloria que allí habían contemplado fortalecían su creencia de que Jesús era el Hijo de Dios. Recordaban las escenas que habían presenciado, los milagros hechos por Jesús al sanar a los enfermos, dar vista a los ciegos y oído a los sordos, al reprender y expulsar a los demonios, resucitar muertos y calmar los vientos y las olas. No podían creer que hubiese de morir. Esperaban que aún se levantaría con poder e imperiosa voz para dispersar la multitud sedienta de sangre, como cuando entró en el templo y arrojó de allí a los que convertían la casa de Dios en lonja de mercaderes, y huyeron ante él como perseguidos por una compañía de soldados armados. Esperaban los discípulos que Jesús manifestara su poder y convenciese a todos de que era el Rey de Israel.

Judas se vió invadido de amargo remordimiento y vergüenza por su acto de traición al entregar a Jesús. Y al presenciar las crueldades que padecía el Salvador, quedó completamente abrumado. Había amado a Jesús; pero había amado aún más el dinero. No había pensado que Jesús pudiera consentir en que lo prendiese la turba que él condujera. Había contado con que haría un milagro para librarse de ella. Pero al ver, en el patio del tribunal, a la enfurecida multitud, sedienta de sangre, sintió todo el peso de su culpa; y mientras muchos acusaban vehementemente a Jesús, precipitóse él por en medio de la turba confesando que había pecado al entregar la sangre inocente. Ofreció a

los sacerdotes el dinero que le habían pagado, y les rogó que dejaran libre a Jesús, pues era del todo inocente.

La confusión y el enojo que estas palabras produjeron en los sacerdotes, los redujeron al silencio por breves momentos. No querían que el pueblo supiera que habían sobornado a uno de los que se decían discípulos de Jesús para que se lo entregara. Deseaban ocultar que le habían buscado como si fuese un ladrón y prendido secretamente. Pero la confesión de Judas y su hosco y culpable aspecto, desenmascararon a los sacerdotes ante los ojos de la multitud y demostraron que por odio habían prendido a Jesús. Cuando Judas declaró en voz alta que Jesús era inocente, los sacerdotes respondieron: “¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!” Tenían a Jesús en su poder y estaban resueltos a no dejarlo escapar. Abrumado Judas por la angustia, arrojó a los pies de quienes lo habían comprado las monedas que ahora despreciaba y, horrorizado, salió y se ahorcó.

Había entre la multitud que le rodeaba muchos que simpatizaban con Jesús, y el silencio que observaba frente a las preguntas que le hacían, maravillaba a los circunstantes. A pesar de las mofas y violencias de las turbas no denotó Jesús en su rostro el más leve ceño ni siquiera una señal de turbación. Se mantuvo digno y circunspecto. Los espectadores lo contemplaban con asombro, comparando su perfecta figura y su firme y digno continente con el aspecto de quienes lo juzgaban. Unos a otros se decían que tenía más aire de rey que ninguno de los príncipes. No le notaban indicio alguno de criminal. Sus ojos eran benignos, claros, indómitos; y su frente, amplia y alta. Todos los rasgos de su fisonomía expresaban enérgicamente benevolencia y nobles principios. Su paciencia y resignación eran tan sobrehumanas, que muchos temblaban. Aun Herodes y Pilato se conturbaron grandemente ante su noble y divina apostura.

Desde un principio se convenció Pilato de que Jesús no era un hombre como los demás. Lo consideraba un personaje de excelente carácter y

de todo punto inocente de las acusaciones que se le imputaban. Los ángeles testigos de la escena observaban el convencimiento del gobernador romano, y para disuadirle de la horrible acción de entregar a Cristo para que lo crucificaran, fué enviado un ángel a la mujer de Pilato, para que le dijera en sueños que era el Hijo de Dios a quien estaba juzgando su esposo y que sufría inocentemente. Ella envió en seguida un recado a Pilato refiriéndole que había tenido un sueño muy penoso respecto a Jesús, y aconsejándole que no hiciese nada contra aquel santo varón. El mensajero, abriéndose apresuradamente paso por entre la multitud, entregó la carta en las propias manos de Pilato. Al leerla, éste tembló, palideció y resolvió no hacer nada por su parte para condenar a muerte a Cristo. Si los judíos querían la sangre de Jesús, él no prestaría su influencia para ello, sino que se esforzaría por libertarlo.

Cuando Pilato supo que Herodes estaba en Jerusalén, sintió un gran alivio, porque con esto esperó verse libre de toda responsabilidad en el proceso y condena de Jesús. En seguida envió a Jesús, con sus acusadores, a la presencia de Herodes. Este príncipe se había endurecido en el pecado. El asesinato de Juan el Bautista había dejado en su conciencia una mancha que no le era posible borrar, y al enterarse de los portentos obrados por Jesús, había temblado de miedo creyendo que era Juan el Bautista resucitado de entre los muertos. Cuando Jesús fué puesto en sus manos por Pilato, consideró Herodes aquel acto como un reconocimiento de su poder, autoridad y magistratura, y por ello se reconcilió con Pilato, con quien estaba enemistado. Herodes tuvo mucho gusto en ver a Jesús y esperó que para satisfacerle obraría algún prodigio; pero la obra de Jesús no consistía en satisfacer curiosidades ni procurar su propia seguridad. Su poder divino y milagroso había de ejercerse en la salvación del género humano, y no en su provecho particular.

Nada respondió Jesús a las muchas preguntas de Herodes ni a sus enemigos que vehementemente le acusaban. Herodes se enfureció porque Jesús no parecía temer su poder, y con sus soldados se mofó del

Hijo de Dios, le escarneció y le maltrató. Sin embargo, se asombró del noble y divino aspecto de Jesús cuando le maltrataban bochornosamente y, temeroso de condenarle, le volvió a enviar a Pilato.

Satanás y sus ángeles tentaban a Pilato y procuraban arrastrarle a la ruina. Le sugirieron la idea de que si no condenaba a Jesús, otros le condenarían. La multitud estaba sedienta de su sangre, y si no lo entregaba para ser crucificado, perdería su poder y honores mundanos y se le acusaría de creer en el impostor. Temeroso de perder su poder y autoridad, consintió Pilato en la muerte de Jesús. No obstante, puso su sangre sobre los acusadores, y la multitud la aceptó exclamando a voz en cuello: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.” Sin embargo, Pilato no fué inocente, y resultó culpable de la sangre de Cristo. Por interés egoísta, por el deseo de ser honrado por los grandes de la tierra, entregó a la muerte a un inocente. Si Pilato hubiese obedecido a sus convicciones, nada hubiese tenido que ver con la condena de Jesús.

El aspecto y las palabras de Jesús durante su proceso impresionaron el ánimo de muchos de los que estaban presentes en aquella ocasión. El resultado de la influencia así ejercida se hizo patente después de su resurrección. Entre quienes entonces ingresaron en la iglesia, se contaban muchos cuyo convencimiento databa del proceso de Jesús.

Grande fué la ira de Satanás al ver que toda la crueldad que por incitación suya habían infligido los judíos a Jesús, no le había arrancado la más leve queja. Aunque se había revestido de la naturaleza humana, estaba sustentado por divina fortaleza, y no se apartó en lo más mínimo de la voluntad de su Padre.

3. La Crucifixión de Cristo

El Hijo de Dios fué entregado al pueblo para que éste lo crucificara. Con gritos de triunfo se llevaron al Salvador. Estaba débil y abatido por el cansancio, el dolor y la sangre perdida por los azotes y golpes que había recibido. Sin embargo, le cargaron a costas la pesada cruz en que pronto le clavarían. Jesús desfalleció bajo el peso. Tres veces le pusieron la cruz sobre los hombros, y otras tres veces se desmayó. A uno de sus discípulos, que no profesaba abiertamente la fe de Cristo, y que sin embargo creía en él, lo tomaron y le pusieron encima la cruz para que la llevase al lugar del suplicio. Huestes de ángeles estaban alineadas en el aire sobre aquel lugar. Algunos discípulos de Jesús le siguieron hasta el Calvario, tristes y llorando amargamente. Recordaban su entrada triunfal en Jerusalén pocos días antes, cuando le habían acompañado gritando: “¡Hosanna en las alturas!”, extendiendo sus vestiduras y hermosas palmas por el camino. Se habían figurado que iba entonces a posesionarse del reino y regir a Israel como príncipe temporal. ¡Cuán otra era la escena! ¡Cuán sombrías las perspectivas! No con regocijo ni con risueñas esperanzas, sino con el corazón quebrantado por el temor y el desaliento, seguían ahora lentamente y entristecidos al que, lleno de humillaciones y oprobios, iba a morir.

Allí estaba la madre de Jesús con el corazón transido de una angustia como nadie que no sea una madre amorosa puede sentir; sin embargo, también esperaba, lo mismo que los discípulos, que Cristo obrase algún estupendo milagro para librarse de sus verdugos. No podía soportar el pensamiento de que él consintiese en ser crucificado. Pero, después de hechos los preparativos, fué extendido Jesús sobre la cruz. Trajeron los clavos y el martillo. Desmayó el corazón de los discípulos. La madre de Jesús quedó postrada por insufrible agonía. Antes de que el Salvador fuese clavado en la cruz, los discípulos la apartaron de aquel lugar, para que no oyese el chirrido de los clavos al atravesar los huesos y la carne

de los delicados pies y manos de Cristo, quien no murmuraba, sino que gemía agonizante. Su rostro estaba pálido y gruesas gotas de sudor le bañaban la frente. Satanás se regocijaba del sufrimiento que afligía al Hijo de Dios, y sin embargo, recelaba que hubiesen sido vanos sus esfuerzos para estorbar el plan de salvación, y que iba a perder su dominio y quedar finalmente anonadado él mismo.

Después de clavar a Jesús en la cruz, la levantaron en alto para hincarla violentamente en el hoyo abierto en el suelo, y esta sacudida desgarró las carnes del Salvador y le ocasionó los más intensos sufrimientos. Para que la muerte de Jesús fuese lo más ignominiosa que se pudiese, crucificaron con él a dos ladrones, uno a cada lado. Estos dos ladrones opusieron mucha resistencia a los verdugos, quienes por fin les sujetaron los brazos y los clavaron en sus cruces. Pero Jesús se sometió mansamente. No necesitó que nadie lo forzara a extender sus brazos sobre la cruz. Mientras los ladrones maldecían a sus verdugos, el Salvador oraba en agonía por sus enemigos, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." No sólo soportaba Cristo agonía corporal, sino que pesaban sobre él los pecados del mundo entero.

Pendiente Cristo de la cruz, algunos de los que pasaban por delante de ella inclinaban las cabezas como si reverenciasen a un rey y le decían: "Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz." Satanás había empleado las mismas palabras en el desierto: "Si eres Hijo de Dios." Los príncipes de los sacerdotes, ancianos y escribas le escarnecían diciendo: "A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él." Los ángeles que se cernían sobre la escena de la crucifixión de Cristo, se indignaron al oír el escarnio de los príncipes que decían: "Si es el Hijo de Dios, sálvese a sí mismo." Deseaban libertar a Jesús, pero esto no les fué permitido. No se había logrado todavía el objeto de su misión.

Durante las largas horas de agonía en que Jesús estuvo pendiente de la cruz, no se olvidó de su madre, la cual había vuelto al lugar de la terrible escena, porque no le era posible permanecer más tiempo apartada de su Hijo. La última lección de Jesús fué de compasión y humanidad. Contempló el afligido semblante de su quebrantada madre, y después dirigió la vista a su amado discípulo Juan. Dijo a su madre: “Mujer, he ahí tu hijo.” Y después le dijo a Juan: “He ahí tu madre.” Desde aquella hora, Juan se la llevó a su casa.

Jesús tuvo sed en su agonía, y le dieron a beber hiel y vinagre; pero al gustar el brebaje, lo rehusó. Los ángeles habían presenciado la agonía de su amado Jefe hasta que ya no pudieron soportar aquel espectáculo, y se velaron el rostro por no ver la escena. El sol no quiso contemplar el terrible cuadro. Jesús clamó en alta voz, una voz que hizo estremecer de terror el corazón de sus verdugos: “*Consumado es.*” Entonces el velo del templo se desgarró de arriba abajo, la tierra tembló y se hendieron las peñas. Densas tinieblas cubrieron la faz de la tierra. Al morir Jesús, pareció desvanecerse la última esperanza de los discípulos. Muchos de ellos presenciaron la escena de su pasión y muerte, y llenóse el cáliz de su tristeza.

Satanás no se regocijó entonces como antes. Había esperado desbaratar el plan de salvación; pero sus fundamentos llegaban demasiado hondo. Y ahora, por la muerte de Cristo, conoció que él habría de morir finalmente y que su reino sería dado a Jesús. Tuvo Satanás consulta con sus ángeles. Nada había logrado contra el Hijo de Dios, y era necesario redoblar los esfuerzos y volverse con todo su poder y astucia contra sus discípulos. Debían Satanás y sus ángeles impedir a todos cuantos pudiesen que recibieran la salvación comprada para ellos por Jesús. Obrando así, todavía podría Satanás actuar contra el gobierno de Dios. También le convenía por su propio interés apartar de Cristo a cuantos seres humanos pudiese, porque los pecados de los redimidos con su sangre caerán al fin sobre el causante del pecado, quien habrá de sufrir

el castigo de aquellos pecados, mientras que quienes no acepten la salvación por Jesús sufrirán la penalidad de sus propios pecados.

Cristo había vivido sin riquezas ni honores ni pompas mundanas. Su abnegación y humildad contrastaban señaladamente con el orgullo y el egoísmo de los sacerdotes y ancianos. La inmaculada pureza de Jesús reprobaba de continuo los pecados de ellos. Le despreciaban por su humildad, pureza y santidad. Pero los que le despreciaron en la tierra han de verle un día en la grandeza del cielo, en la insuperable gloria de su Padre.

En el patio del tribunal, estuvo rodeado de enemigos sedientos de su sangre; pero aquellos empedernidos que vociferaban: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos,” le contemplarán honrado como Rey, escoltado en su regreso por todas las huestes angélicas que, con cánticos de victoria, atribuirán majestad y poderío al que fué muerto, y sin embargo, vive aún como poderoso vencedor.

El pobre, débil y mísero hombre escupió en el rostro del Rey de gloria, y las turbas respondieron con una brutal gritería de triunfo al degradante insulto. Con crueles bofetadas desfiguraron aquel rostro que henchía los cielos de admiración. Pero quienes le maltrataron volverán a contemplar aquel rostro brillante como el sol meridiano e intentarán huir delante de su mirada. En vez de la brutal gritería de triunfo, se lamentarán acerca de él.

Jesús mostrará sus manos señaladas por los estigmas de su crucifixión. Siempre perdurarán los rastros de esa crueldad. Cada estigma de los clavos hablará de la maravillosa redención del hombre y del subidísimo precio que costó. Quienes le traspasaron con la lanza verán la herida y deplorarán con profunda angustia la parte que tomaron en desfigurar su cuerpo.

Sus asesinos se sintieron muy molestados por la inscripción: “Rey de los judíos,” colocada en la cruz sobre la cabeza del Salvador; pero ha de

llegar el día en que estarán obligados a verle en toda su gloria y regio poderío. Contemplantán la inscripción: “Rey de reyes y Señor de señores” escrita con vívidos caracteres en su túnica y en su muslo. Al verle pendiente de la cruz, clamaron en son de mofa los príncipes de los sacerdotes: “El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos.” Pero cuando vuelva le verán con regio poder y autoridad, y no pedirán pruebas de si es Rey de Israel, sino que, abrumados por el influjo de su majestad y excelsa gloria no tendrán más remedio que reconocer: “Bendito el que viene en nombre del Señor.”

Los enemigos de Jesús se conturbaron y sus verdugos se estremecieron cuando al exhalar el potente grito: “*Consumado es,*” entregó la vida, y tembló el suelo, se hendieron las peñas y las tinieblas cubrieron la tierra. Los discípulos se admiraron de tan singulares manifestaciones, pero sus esperanzas estaban anonadadas. Temían que los judíos procurasen matarlos a ellos también. Estaban seguros de que el odio manifestado contra el Hijo de Dios no terminaría allí. Pasaron solitarias horas llorando la pérdida de sus esperanzas. Habían confiado en que Jesús reinase como príncipe temporal, pero sus esperanzas murieron con él. En su triste desconsuelo, dudaban de si no les habría engañado. Aun su misma madre vacilaba en creer que fuese el Mesías.

A pesar del desengaño sufrido por los discípulos acerca de sus esperanzas con respecto a Jesús, todavía le amaban y querían dar honrosa sepultura a su cuerpo, pero no sabían cómo lograrlo. José de Arimatea, un rico e influyente consejero de entre los judíos, y fiel discípulo de Jesús, se dirigió en privado pero con entereza a Pilato, pidiéndole el cuerpo del Salvador. No se atrevió a ir abiertamente por temor al odio de los judíos. Los discípulos temían que se procuraría impedir que el cuerpo de Cristo recibiese honrosa sepultura. Pilato accedió a la demanda, y los discípulos bajaron de la cruz el inanimado cuerpo, lamentando con profunda angustia sus malogradas esperanzas. Cuidadosamente envolvieron el cuerpo en un sudario de lino fino y lo enterraron en un sepulcro nuevo, propiedad de José.

Las mujeres que habían seguido humildemente a Jesús en vida, no quisieron separarse de él hasta verlo sepultado en la tumba y ésta cerrada con una pesadísima losa de piedra, para que sus enemigos no viniesen a robar el cuerpo. Pero no necesitaban temer, porque vi que las huestes angélicas vigilaban solícitamente el sepulcro de Jesús, esperando con vivo anhelo la orden de cumplir su parte en la obra de librar de su cárcel al Rey de gloria.

Los verdugos de Cristo temían que todavía pudiese volver a la vida y escapárseles de las manos, por lo que pidieron a Pilato una guardia de soldados para que cuidasen el sepulcro hasta el tercer día. Esto les fué concedido y fué sellada la losa de la entrada del sepulcro, a fin de que los discípulos no vinieran a llevarse el cuerpo y decir después que había resucitado de entre los muertos.

4. La Resurrección de Cristo

Los discípulos descansaron el sábado, entristecidos por la muerte de su Señor, mientras que Jesús, el Rey de gloria, permanecía en la tumba. Al llegar la noche, vinieron los soldados a guardar el sepulcro del Salvador, mientras los ángeles se cernían invisibles sobre el sagrado lugar. Transcurría lentamente la noche, y aunque todavía era oscuro, los vigilantes ángeles sabían que se acercaba el momento de libertar a su Caudillo, el amado Hijo de Dios. Mientras ellos aguardaban con profundísima emoción la hora del triunfo, un potente ángel llegó del cielo en velocísimo vuelo. Su rostro era como el relámpago y su vestidura como la nieve. Su fulgor iba desvaneciendo las tinieblas por donde pasaba, y su brillante esplendor ahuyentaba aterrorizados a los ángeles malignos que habían pretendido triunfalmente que era suyo el cuerpo de Jesús. Un ángel de la hueste que había presenciado la humillación de Cristo y vigilaba la tumba, se unió al ángel venido del

cielo y juntos bajaron al sepulcro. Al acercarse ambos, se estremeció el suelo y hubo un gran terremoto.

Los soldados de la guardia romana quedaron aterrados. ¿Dónde estaba ahora su poder para guardar el cuerpo de Jesús? No pensaron en su deber ni en la posibilidad de que los discípulos hurtasen el cuerpo del Salvador. Al brillar en torno del sepulcro la luz de los ángeles, más refulgente que el sol, los soldados de la guardia romana cayeron al suelo como muertos. Uno de los dos ángeles echó mano de la enorme losa y, empujándola a un lado de la entrada, sentóse encima. El otro ángel entró en la tumba y desenvolvió el lienzo que envolvía la cabeza de Jesús. Entonces, el ángel del cielo, con voz que hizo estremecer la tierra, exclamó: “Tú, Hijo de Dios, tu Padre te llama. ¡Sal!” La muerte no tuvo ya dominio sobre Jesús. Levantóse de entre los muertos, como triunfante vencedor. La hueste angélica contemplaba la escena con solemne admiración. Y al surgir Jesús del sepulcro, aquellos resplandecientes ángeles se postraron en tierra para adorarle, y le saludaron con cánticos triunfales de victoria.

Los ángeles de Satanás hubieron de huir ante la refulgente y penetrante luz de los ángeles celestiales, y amargamente se quejaron a su rey de que por violencia se les había arrebatado la presa, y Aquel a quien tanto odiaban había resucitado de entre los muertos. Satanás y sus huestes se habían ufanado de que su dominio sobre el hombre caído había hecho yacer en la tumba al Señor de la vida; pero su triunfo infernal duró poco, porque al resurgir Jesús de su cárcel como majestuoso vencedor, comprendió Satanás que después de un tiempo él mismo habría de morir y su reino pasaría al poder de su legítimo dueño. Rabiosamente lamentaba Satanás que a pesar de sus esfuerzos no hubiese logrado vencer a Jesús, quien en cambio había abierto para el hombre un camino de salvación, de modo que todos pudieran andar por él y ser salvos.

Satanás y sus ángeles se reunieron en consulta para deliberar acerca de cómo podrían aun luchar contra el gobierno de Dios. Mandó Satanás a

sus siervos que fueran a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, y al efecto les dijo: “Hemos logrado engañarlos, cegar sus ojos y endurecer sus corazones contra Jesús. Les hicimos creer que era un impostor. Pero los soldados romanos de la guardia divulgarán la odiosa noticia de que Cristo ha resucitado. Indujimos a los príncipes de los sacerdotes y los ancianos a que odiaran a Jesús y lo matasen. Hagámosles saber ahora que si se divulga que Jesús ha resucitado, el pueblo los lapidará por haber condenado a muerte a un inocente.”

Cuando la hueste angélica se marchó del sepulcro y la luz y el resplandor se desvanecieron, los soldados de la guardia levantaron recelosamente la cabeza y miraron en derredor. Se asombraron al ver que la gran losa había sido corrida de la entrada y que el cuerpo de Jesús había desaparecido. Se apresuraron a ir a la ciudad para comunicar a los príncipes y ancianos lo que habían visto. Al escuchar aquellos verdugos el maravilloso relato, palideció su rostro y se horrorizaron al pensar en lo que habían hecho. Si el relato era verídico, estaban perdidos. Durante un rato, permanecieron silenciosos mirándose unos a otros, sin saber qué hacer ni qué decir, pues aceptar el informe equivaldría a condenarse ellos mismos. Se reunieron aparte para decidir lo que habían de hacer. Argumentaron que si el relato de los guardias se divulgaba entre el pueblo, se mataría como a asesinos a los que dieron muerte a Jesús. Resolvieron sobornar a los soldados para que no dijese nada a nadie. Los príncipes y ancianos les ofrecieron, pues, una fuerte suma de dinero, diciéndoles: “Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros durmiendo.” Y cuando los soldados preguntaron qué se les haría por haberse dormido en su puesto, los príncipes les prometieron que persuadirían al gobernador para que no los castigase. Por amor al dinero, los guardias romanos vendieron su honor y cumplieron el consejo de los príncipes y ancianos.

Cuando Jesús, pendiente de la cruz, exclamó: “*Consumado es,*” las peñas se hendieron, tembló la tierra y se abrieron algunas tumbas. Al resurgir él triunfante de la muerte y del sepulcro, mientras la tierra se

tambaleaba y los fulgores del cielo brillaban sobre el sagrado lugar, algunos de los justos muertos, obedientes a su llamamiento, salieron de los sepulcros como testigos de que Cristo había resucitado. Aquellos favorecidos santos salieron glorificados. Eran santos escogidos de todas las épocas, desde la creación hasta los días de Cristo. De modo que mientras los príncipes judíos procuraban ocultar la resurrección de Cristo, hizo Dios levantar de sus tumbas cierto número de santos para atestiguar que Jesús había resucitado y proclamar su gloria.

Los resucitados diferían en estatura y aspecto, pues unos eran de más noble continente que otros. Se me informó que los habitantes de la tierra habían ido degenerando con el tiempo, perdiendo fuerza y donaire. Satanás tenía el dominio de las enfermedades y la muerte; y en cada época los efectos de la maldición se habían hecho más visibles y más evidente el poderío de Satanás. Los que habían vivido en los días de Noé y Abrahán parecían ángeles por su gallardía y aspecto; pero los de cada generación sucesiva habían resultado más débiles, más sujetos a las enfermedades y de vida más corta. Satanás ha ido aprendiendo a molestar y debilitar la raza.

Los que salieron de los sepulcros cuando resucitó Jesús, se aparecieron a muchos, diciéndoles que ya estaba cumplido el sacrificio por el hombre; que Jesús, a quien los judíos crucificaran, había resucitado de entre los muertos, y en comprobación de sus palabras, declaraban: “Nosotros fuimos resucitados con él.” Atestiguaban que por el formidable poder de Jesús habían salido de sus sepulcros. A pesar de los falsos rumores que se propagaron, ni Satanás ni sus ángeles ni los príncipes de los sacerdotes lograron ocultar la resurrección de Jesús, porque los santos resucitados divulgaron la maravillosa y alegre nueva. También Jesús se apareció a sus entristecidos discípulos, disipando sus temores e infundiéndoles jubilosa alegría.

Al difundirse la noticia de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, los judíos a su vez temieron por su vida, y disimularon el odio que abrigaban

contra los discípulos. Su única esperanza era esparcir el relato mentiroso; y lo aceptaban todos cuantos tenían interés en que fuese verdadero. Pilato tembló al oír que Cristo había resucitado. No podía dudar del testimonio dado, y desde aquella hora no tuvo paz. Por apetencia de mundanos honores, por miedo de perder su autoridad y su vida, había entregado a Jesús a la muerte; estaba ahora plenamente convencido de que no sólo era inocente, y que su sangre recaía sobre él, sino que era el Hijo de Dios. Miserable fué hasta su fin la vida de Pilato. La desesperación y la angustia ahogaron sus goces y esperanzas. Rechazó todo consuelo y murió miserablemente.

El corazón de Herodes se había empedernido aun más, y al saber que Cristo había resucitado no fué mucha su turbación. Quitó la vida a Santiago, y cuando vió que esto agradaba a los judíos, apresó también a Pedro, con la intención de darle muerte. Pero Dios tenía todavía una obra para Pedro, y envió a su ángel para que lo librase. Herodes fué visitado por los juicios de Dios. Mientras se estaba ensalzando en la presencia de una gran multitud fué herido por el ángel del Señor, y murió de una muerte horrible.

El primer día de la semana, muy temprano, antes que amaneciese, las santas mujeres llegaron al sepulcro con aromas para ungir el cuerpo de Jesús. Vieron que la losa había sido apartada de la entrada y el sepulcro estaba vacío. Temerosas de que los enemigos hubiesen robado el cuerpo, se les sobresaltó el corazón; pero de pronto contemplaron a los dos ángeles vestidos de blanco con refulgentes rostros. Estos seres celestiales comprendieron la misión que venían a cumplir las mujeres, e inmediatamente les dijeron que Jesús no estaba allí, pues había resucitado, y en prueba de ello podían ver el lugar donde había yacido. Les mandaron que fueran a decir a los discípulos que Jesús iba delante de ellos a Galilea. Con gozoso temor se apresuraron las mujeres a buscar a los afligidos discípulos y les refirieron cuanto habían visto y oído.

Los discípulos no podían creer que Cristo hubiese resucitado, pero se encaminaron presurosos al sepulcro con las mujeres que les habían traído la noticia. Vieron que Jesús no estaba allí, y aunque el sudario y los lienzos dejados en el sepulcro eran una prueba, se resistían a creer la buena nueva de que hubiese resucitado de entre los muertos. Volvieron a sus casas maravillados de lo que habían visto y del relato de las mujeres. Pero María prefirió quedarse cerca del sepulcro, pensando en lo que acababa de ver y angustiada por la idea de que pudiera haberse engañado. Presentía que la aguardaban nuevas pruebas. Su pena recrudesció y prorrumpió en amargo llanto. Se agachó a mirar otra vez el interior del sepulcro, y vió a dos ángeles vestidos de blanco, uno sentado a la cabecera del sepulcro, y el otro a los pies. Le hablaron tiernamente preguntándole por qué lloraba, y ella respondió: “Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.”

Al volverse atrás, María vió a Jesús allí cerca; pero no lo reconoció. El le habló suavemente, preguntándole la causa de su tristeza y a quién buscaba. Suponiendo María que se trataba del hortelano, le suplicó que si se había llevado a su Señor, le dijera en dónde lo había puesto para llevárselo ella. Entonces Jesús le habló con su propia voz celestial, diciendo: “¡María!” Ella reconoció el tono de aquella voz querida, y prestamente respondió: “¡Maestro!” con tal gozo que quiso abrazarlo. Pero Jesús le dijo: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” Alegrementemente se fué María a comunicar a los discípulos la buena nueva. Pronto ascendió Jesús a su Padre para oír de sus labios que aceptaba el sacrificio, y recibir toda potestad en el cielo y en la tierra.

Los ángeles rodeaban como una nube al Hijo de Dios, y mandaron levantar las puertas eternas para que entrase el Rey de gloria. Vi que mientras Jesús estaba con aquella brillante hueste celestial en presencia de Dios y rodeado de su gloria, no se olvidó de sus discípulos en la tierra, sino que recibió de su Padre potestad para que pudiera volver y

compartirla con ellos. El mismo día regresó y se mostró a sus discípulos, consintiendo entonces en que lo tocasen, porque ya había subido a su Padre y recibido poder.

En esa ocasión no estaba presente Tomás, quien no quiso aceptar humildemente el relato de los demás discípulos, sino que con firme suficiencia declaró que no lo creería, a no ser que viera en sus manos la señal de los clavos y pusiera su mano en el costado que atravesó la lanza. En esto denotó Tomás falta de confianza en sus hermanos. Si todos hubiesen de exigir las mismas pruebas, nadie recibiría ahora a Jesús ni creería en su resurrección. Pero Dios quería que cuantos no pudiesen ver ni oír por sí mismos al resucitado Salvador, recibieran el relato de los discípulos. No agradó a Dios la incredulidad de Tomás. Cuando Jesús volvió otra vez adonde estaban sus discípulos, hallábase Tomás con ellos, y al ver a Jesús, creyó. Pero como había declarado que no quedaría satisfecho sin la prueba de tocar añadida a la de ver, Jesús se la dió tal como la había deseado. Entonces Tomás exclamó: “¡Señor mío, y Dios mío!” Pero Jesús le reprendió por su incredulidad, diciendo: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.”

Asimismo los que no tuvieron experiencia en los mensajes del primer ángel y del segundo deben recibirlos de otros que participaron en aquella experiencia y estuvieron al tanto de los mensajes. Así como Jesús fué rechazado, vi que los mensajes han sido rechazados. Y como los discípulos declararon que no hay salvación en otro nombre que haya sido dado a los hombres debajo del cielo, así también deben los siervos de Dios amonestar fiel e intrépidamente a los que abrazan tan sólo una parte de las verdades relacionadas con el mensaje del tercer ángel, haciéndoles saber que deben aceptar gustosamente todos los mensajes como Dios los ha dado, o no tener participación en el asunto.

Mientras las santas mujeres llevaban la noticia de que Jesús había resucitado, los soldados de la guardia romana propalaban la mentira

puesta en sus bocas por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, de que los discípulos habían venido por la noche a buscar el cuerpo de Jesús mientras ellos dormían. Satanás había puesto esa mentira en los corazones y labios de los príncipes de los sacerdotes, y el pueblo estaba listo para creer su palabra. Pero Dios había asegurado más allá de toda duda la veracidad de este importante acontecimiento del que depende nuestra salvación, y fué imposible que los sacerdotes y ancianos lo ocultaran. De entre los muertos se levantaron testigos para evidenciar la resurrección de Cristo.

Cuarenta días permaneció Jesús con sus discípulos, alegrándoles el corazón al declararles más abiertamente las realidades del reino de Dios. Los comisionó para dar testimonio de cuanto habían visto y oído referente a su pasión, muerte y resurrección, así como de que él había hecho sacrificio por el pecado, para que cuantos quisieran pudieran acudir a él y encontrar vida. Con fiel ternura les dijo que serían perseguidos y angustiados, pero que hallarían consuelo en el recuerdo de su experiencia y en la memoria de las palabras que les había hablado. Les dijo que él había vencido las tentaciones de Satanás y obtenido la victoria por medio de pruebas y sufrimientos. Ya no podría Satanás tener poder sobre él, pero los tentaría más directamente a ellos y a cuantos creyeran en su nombre. Sin embargo, también podrían ellos vencer como él había vencido. Jesús confirió a sus discípulos el poder de obrar milagros, diciéndoles que aunque los malvados los persiguieran, él enviaría de cuando en cuando sus ángeles para librarlos; nadie podría quitarles la vida hasta que su misión fuese cumplida; entonces podría ser que se requiriese que sellasen con su sangre los testimonios que hubiesen dado.

Los anhelosos discípulos escuchaban gozosamente las enseñanzas del Maestro, alimentándose, llenos de alegría, con cada palabra que fluía de sus santos labios. Sabían ahora con certeza que era el Salvador del mundo. Sus palabras penetraban hondamente en sus corazones, y lamentaban que tuviesen que separarse pronto de su Maestro celestial

y no pudiesen ya oír las consoladoras y compasivas palabras de sus labios. Pero de nuevo se inflamaron sus corazones de amor y excelso júbilo, cuando Jesús les dijo que iba a aparejarles lugar y volver otra vez para llevárselos consigo, de modo que siempre estuviesen con él. También les prometió enviarles el Consolador, el Espíritu Santo, para guiarlos en toda verdad. “Y alzando sus manos, los bendijo.”

5. La Ascensión de Cristo

El cielo entero aguardaba la hora triunfal en que Jesús ascendería a su Padre. Vinieron ángeles a recibir al Rey de gloria y escoltarlo triunfalmente hasta el cielo. Después de bendecir Jesús a sus discípulos, separóse de ellos y ascendió a los cielos seguido de numerosos cautivos libertados cuando él resucitó.

Acompañábale una numerosísima hueste celestial, mientras una innumerable cohorte de ángeles esperaba su llegada en el cielo. Según iban ascendiendo hacia la santa ciudad, los ángeles que escoltaban a Jesús exclamaban: “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria.” Los ángeles de la ciudad exclamaban arrobados: “¿Quién es este Rey de gloria?” Los ángeles de la escolta respondían con voz de triunfo: “Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria.” Nuevamente los ángeles del cielo preguntaban: “¿Quién es este Rey de gloria?” Y los de la escolta respondían en melodiosos acentos: “Jehová de los ejércitos, él es el Rey de la gloria.” Y la celeste comitiva entró en la ciudad de Dios. Entonces toda la hueste celestial rodeó a su majestuoso Caudillo, e inclinóse ante él con profundísima adoración, arrojando las brillantes coronas a sus pies. Después pulsaron las áureas arpas, y con dulces y melodiosos acordes hinchieron todo el cielo de

embelesadora música y cánticos en loor del Cordero que había sido inmolado, y sin embargo vive en majestad y gloria.

Mientras los discípulos miraban tristemente al cielo para captar la última vislumbre de su Señor que ascendía, dos ángeles vestidos de blanco se pusieron junto a ellos y les dijeron: “Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.” Los discípulos, y la madre de Jesús que con ellos había presenciado la ascensión del Hijo de Dios, pasaron la noche siguiente hablando de las admirables obras de Jesús y de los extraños y gloriosos acontecimientos ocurridos en tan corto tiempo.

Satanás tuvo otra vez consejo con sus ángeles y con acerbo odio contra el gobierno de Dios les dijo que si bien él retenía su poder y autoridad en la tierra, debían decuplicar sus esfuerzos contra los discípulos de Jesús. No habían prevalecido contra Cristo, pero de ser posible debían vencer a sus discípulos. En cada generación deberían procurar engañar a quienes creyeran en Jesús. Les dijo Satanás a sus ángeles que Jesús había conferido a sus discípulos la potestad de reprenderlos y expulsarlos, y de sanar a cuantos afligieran. Entonces los ángeles de Satanás salieron como leones rugientes a procurar la destrucción de los seguidores de Jesús.

“Sería bueno que cada día dedicásemos una hora de reflexión a la contemplación de la vida de Cristo. Debiéramos tomarla punto por punto, y dejar que la imaginación se posesione de cada escena, especialmente de las finales. Y mientras nos espaciemos así en su gran sacrificio por nosotros, nuestra confianza en él será más constante, se reavivará nuestro amor, y quedaremos más imbuídos de su Espíritu. Si queremos ser salvos al fin, debemos aprender la lección de penitencia y humillación al pie de la cruz”.

{Deseado de Todas las Gentes, pág. 63.2}



NARDO PURO
+54 9 3731 54-8007
denardopuro@gmail.com

“DIOS AMA AL DADOR ALEGRE”



MARANATA
M E D I A